



► La cabeza de lista de ICV-EUiA por Tarragona, Hortènsia Grau, muy bien equipada para encarar el ascenso a La Mola. Está claro que una de las pasiones de la candidata ecosocialista es el montañismo. FOTO: ALBA MARINÉ



► A la izquierda, Hortènsia Grau, cuidando su jardín, uno de sus pasatiempos predilectos, junto con la cocina, la escritura o la lectura.

► En la imagen de la derecha, en su estudio, donde trabaja con su ordenador, lee y acumula libros: desde poesía hasta novela y ensayo antropológico.

FOTOS: MARIA VESES

Además del trabajo de *tarro*, me gusta hacer cosas con las manos. Desconecto mucho».

En su habitación, continúan los tonos azulados, mientras que multitud de lagartijas de cerámica se encaraman vivarachas por las paredes: «Me gusta porque es el símbolo del escalador». Otro emblema intelectual y vital es Frida Kahlo. «No es mi pintora favorita pero adoro su vida. Ella, en sí misma, es una obra de arte. Simbólicamente me gusta mucho. Toda su relación con Diego Rivera y Trotsky...», cuenta

Hortènsia, junto a un armario empotrado lleno de estrellas adhesivas, que dan a su cuarto un toque celestial y trascendente.

Martí i Pol y poesía erótica

En su mesita de noche, se apilan los libros. Ahora picotea entre la edición completa de las obras de Martí i Pol, la poesía erótica y algunos obligados textos para preparar una futura labor en el Parlament. «Leo de todo. Me gusta mucho el ensayo antropológico, la novela y el cuento. Adoro las novelas 'tocho'. Devoré la trilo-

gía de Larsson. Me encantan Vázquez Montalbán, José Luis Sampedro, Almudena Grandes,

“ El arte local, los tonos azules, las señas marinas y su pasión por Frida Kahlo se reparten las paredes

ta y había trabajado en el Liceu. Co-siendo, podía hacer cualquier cosa. Era muy liberal, imaginativa, vivió la época del charleston... »

¿Y su madre?

Mi madre era todo lo contrario. Ahora es muy abierta, pero en aquella época era hija de la dictadura, de la educación represora. Mi abuela era la que a mí me teñía los tejanos con lejía en los años hippies. Era la bomba.

Usted da charlas sobre las mujeres de la República, ¿no?

Sí. Estas conferencias sobre memoria histórica son un llenazo, la gente se queda hasta de pie en los pasillos, en las escaleras.

¿Son de todas las edades?

De todas las edades, porque la gente mayor ha estado mucho mucho tiempo sin poder tratar estos temas, y la gente joven se interesa por el papel de la mujer en la historia, que ha estado muy oculto pese a que fue primordial. La gente necesita hablar de todo esto, es terapéutico.

¿Teme a la muerte?

No, no le tengo ningún miedo. Tengo miedo al dolor, a una enfermedad larga que merma tus facultades y te hace sufrir a ti y a los tuyos, eso sí.

¿Dónde le gustaría vivir que no fuera Catalunya?

En cualquier país de Centroamérica. Para bucear y bailar salsa.

Oiga, que le decía para vivir.

Sí, sí, para vivir y trabajar. Cualquier país del Caribe. O de África. Europa es un aburrimiento. En Cuba, por ejemplo, donde la situación es muy dura y hay cosas que no me gustan, desde luego, la gente es superespecial.

¿Con quién se iría a cenar?

¿Un famoso? Mmm... me gustaría con mucha gente... ¿Puede ser un actor? Bueno, dos. Al Pacino y Tim Robbins me encantan, hasta físicamente, ¿eh? Si tengo que escoger, Tim Robbins. He visto mil veces *La vida secreta de las palabras*. Y si fuera un escritor... bueno, escritora: Almudena Grandes, Rosa Regàs, Isabel Coixet... Con las tres.

Dígame un defecto suyo.

Soy muy impulsiva y demasiado pasional. Tengo pronto, vamos.

¿Y cómo se llevan los prontos con la actividad política?

Es que los acuso más en mi vida privada. En política, tengo muy claro el proyecto, el equipo y sus valores; y mis herramientas: diálogo, didáctica y paciencia, para explicarme las veces que haga falta. Es que he sido también muchos años profesora. En realidad soy maestra, pedagoga y antropóloga.

¿Profesora de qué?

Empecé haciendo jardín de infancia con la antigua FP. Di clase de gestión cultural y de desarrollo comunitario. Durante ocho años fui profesora de educación especial, y trabajé con niños ciegos, con parálisis cerebral, síndrome de Down...

Diga ahora una virtud suya.

Pienso que soy vitalmente positiva, alegre, que no me dejo vencer ni deprimir. Soy muy optimista, porque creo que no se puede ser de otra manera. Ser optimista no es ser ilusa, ni caer en el *happy flower*, como a veces nos pintan a los ecologistas. Soy optimista porque creo en las personas y en su poder para cambiar las cosas. Ésta es mi religión.



Rosa Regàs e incluso esos 'nove-lones' de Pérez-Reverte». Y, por supuesto, los autores locales, diseminados entre su habitación y el estudio. Le encandilan Toni Orensanz o Jesús Maria Tibau, asegura mientras baja por enésima vez las escaleras («es ideal para mantenerte en forma», dice risueña) y elogia al pintor Miguel Barceló. Vuelta a la cocina. Es hora de un *Nespresso*.

Su hiperactividad la acaba de perfilar su rol de jardinera, al menos para evitar las plagas. «El jardín no me da demasiado

trabajo. Es muy autosuficiente y no tengo que echar aquí horas y horas», cuenta ahora junto a su madre, visitante esporádica de la casa, como sus hijos, que van y vienen.

Cuando el trabajo la agobia, Hortènsia sale a su terraza, adivina el reducto de paz del Pinaret y allí respira hondo. Algún pajarillo se siente. Ella se imagina subiendo un 'tres mil' en Ordesa o en las Corn Islands nicaragüenses, sólo con mochila y mucha inquietud viajera. Poco más le hace falta para ser feliz.